

# La más bella historia del mundo



Hubert Reeves  
Joël de Rosnay  
Yves Coppens  
Dominique Simonnet

EDITORIAL ANDRÉS BELLO

SANTIAGO DE CHILE, 2000

**Primer acto** • Comienza nuestra historia... ¿Pero se puede decir, verdaderamente, "comenzar"? Veremos que esta noción de comienzo no es accesoria, muy por el contrario. Está en el corazón mismo de las discusiones metafísicas y plantea la pregunta fascinante por el tiempo. La abordaremos mediante el pasado más lejano a que puede acceder la ciencia: por el famoso *Big Bang*, de hace quince mil millones de años, esa luz oscura y anterior a las estrellas. Y tal como los niños, nos haremos esta pregunta que es pertinente: ¿qué había antes?

Desde ese "comienzo" la materia incandescente se combina bajo la acción de fuerza asombrosas que aún gobiernan nuestro destino. ¿De dónde vienen? ¿Por qué están inmóviles mientras en

torno todo cambia? En el curso de todo el relato van a dirigir el gran mecano universal. Y a medida que el universo se expande y enfría desatan singulares combinaciones —las estrellas, las galaxias— hasta engendrar, en la periferia de una de éstas, un planeta destinado a un hermoso éxito.

**Segundo acto** • Se abre, hace cuatro mil quinientos millones de años, en este planeta singular que no está situado ni demasiado lejos ni demasiado cerca de un Sol muy oportuno. La materia prosigue su obra frenética de ensamblajes. En la superficie de la Tierra, en nuevos crisoles, se esboza una alquimia nueva: las moléculas se asocian en estructuras capaces de reproducirse y hacen nacer extrañas gotas pequeñas, y después las primeras células que

se agrupan en organismos y se diversifican, pululan, colonizan el planeta, gatillan la evolución animal imponen la fuerza de la vida.

No es fácil, por cierto, aceptar que la vida haya nacido de lo inanimado. Durante siglos se consideró que el mundo viviente era demasiado complejo, demasiado diverso, en una palabra, demasiado "inteligente" para que pudiera haber aparecido sin una pequeña ayuda divina. Hoy la cuestión está zanjada: resulta de la misma evolución de la materia, no es fruto del azar.

**Tercer acto** • En un bello decorado de sabana seca, el último avatar de lo viviente ocupa todo el escenario. El hombre, el verdadero... Animal mamífero, vertebrado y primate, que además es... Ya sabemos de cierto que todos so-

mos monos africanos. Hijos de monos, pues, o, más bien, de ese individuo arcaico que antaño, en África, se irguió por primera vez sobre sus patas traseras y se puso a mirar el mundo desde un punto de vista más alto que el de sus congéneres. ¿Pero por qué lo hizo? ¿Qué pulsión le incitó a ello?

Hace más de un siglo, por cierto, que se conoce nuestra ascendencia simiesca y que se intenta, con dificultades, aceptarla. Pero en estos últimos años explotó la ciencia de los orígenes y se ha sacudido con violencia nuestro árbol genealógico: hasta se han caído algunas especies peludas... Hoy contamos, por fin, con una unidad de tiempo y de lugar para escenificar este tercer actor, el de la comedia humana. Como si hubiera relevado a la materia, el hombre ha utilizado un puñado de millones de años para evolucionar e inventar cosas más y más complicadas: herramientas, la caza, la guerra, la ciencia, el arte, el amor (siempre) y esa extraña propensión a preguntarse por sí mismo, que no cesa de devorarlo.

Nuestra historia no ha terminado, por cierto. Hasta nos atreveríamos a decir que está comenzando. Pues parece que la complejidad continúa progresando y que sigue galopando la evolución. Así pues, no podemos interrumpir el relato en nuestra extraña época sin antes preguntarnos:

¿a dónde vamos? ☹

Fragmento del prólogo.